

Leg 8^o sequete 1^o

~~No 118~~

639

El Escepticismo médico.

Et Capitulum in
venerabili

47

EL ESCEPTICISMO MEDICO.

MEMORIA

LEIDA

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

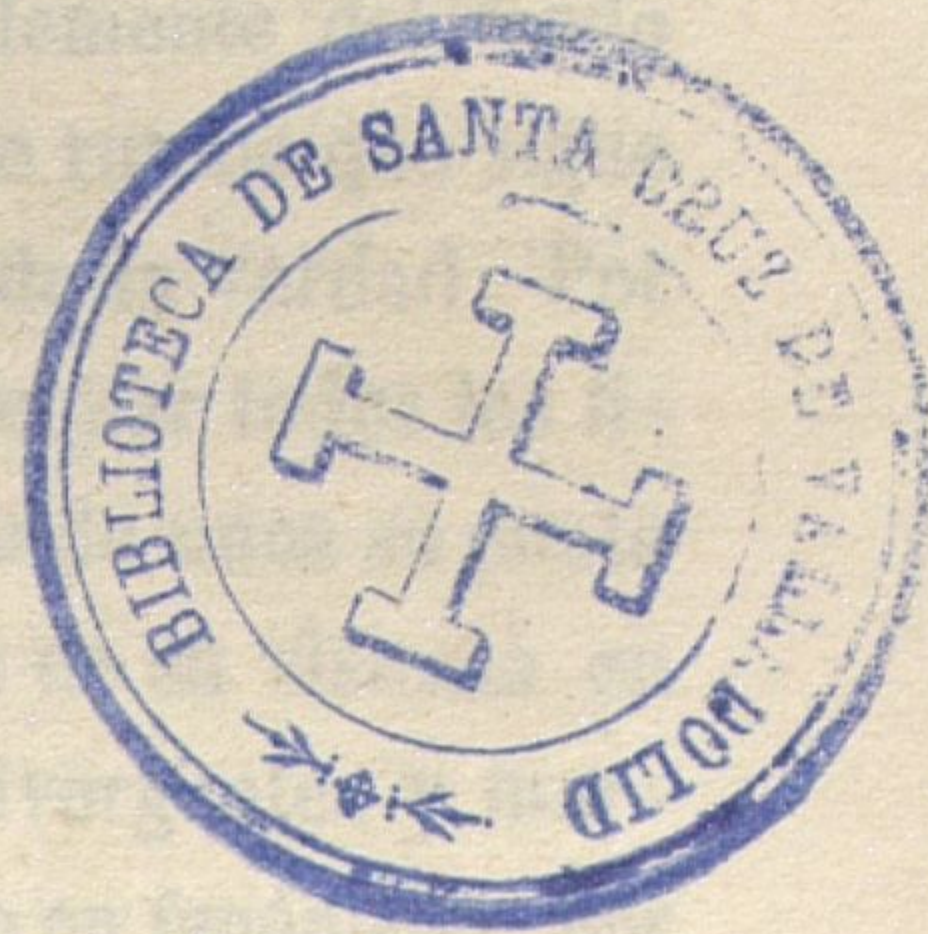
POR EL LICENCIADO EN MEDICINA Y CIRUJIA

DON MARIANO BENAVENTE,

EN EL ACTO SOLEMNE DE RECIBIR LA INVESTIDURA

DE DOCTOR

EN LA MISMA FACULTAD.



MADRID, 1857.

IMPRESA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,

Calle del Turco, núm. 41.

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0639

HTCA

U/Bc LEG 8-1 n°639



1>0 0 0 0 2 9 2 3 8 7

EN ESCUELA DE MEDICINA

DE FARMACIA

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

DE MADRID

DON MARIANO BENAVENTE

ES DOCTOR EN MEDICINA

DE FARMACIA

EN LA MISMA FACULTAD



MADRID, 1857.

IMPRESA DEL COLLEJO DE SORDOS-MUROS Y DE CIEGOS

Calle del Pinar, 40.

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0639

Excmo. é Ilmo. Señor:

EN cualquiera época de la historia de la filosofía que fijemos nuestra atención, encontraremos á los filósofos ocupados con afanosa solicitud en determinar las causas primeras, y haciendo laudables tentativas para constituir la unidad científica, sin llegar nunca á ponerse de acuerdo, tanto por ese dualismo de ideas y de proposiciones contrarias que surge inevitablemente del fondo de todas las cuestiones, quanto por el diferente rumbo que sigue el entendimiento humano en la investigación de la verdad. Por esto observamos tambien, que á pesar de principiar todos los filósofos por el estudio del hombre mismo, tomando unos su punto de partida en la razon y fijando otros la base de su sistema en las sensaciones, se separan como dos líneas divergentes y marchan de deducción en deducción y de fenómeno en fenómeno, por caminos diametralmente opuestos, hasta que, subdivididos en fracciones diversas, llegan los primeros al *espiritualismo* y los segundos al *materialismo*; dos campos filosóficos donde se agitan, se atraen y se repelen todas cuantas ideas han podido sugerir las imagina-

ciones mas fecundas. Sin embargo, algunos filósofos, afectados por este antagonismo y esta lucha que viene conmoviendo al mundo desde el origen de la filosofía, han creído que no podía encontrarse la verdad siguiendo esclusivamente uno de aquellos sistemas, y han propuesto adoptar de ambos lo mas razonable, lo mas fundado, lo mejor, en fin, que es lo que constituye el *ecléctismo*; al paso que otros, indiferentes en toda cuestion, se burlan de la divergencia de opiniones, juzgando imposible llegar á saber la verdad, y siembran la duda y la incertidumbre que representan el *escepticismo*.

Como todas las ciencias se han desarrollado á impulsos de la filosofía, no existe naturalmente ninguna que deje de revelar el carácter que le ha impreso una de estas cuatro sectas; así es, que en política, moral, religion, etc., encontramos espiritualistas y materialistas, eclécticos y escépticos, que profesan opiniones análogas á las de los filósofos que llevan estos nombres; pero la medicina, cuya historia puede decirse que es la misma de la filosofía, ha sido tal vez la que mas ha sufrido la poderosa influencia de todos los sistemas filosóficos, á pesar de las protestas de independencia que han hecho siempre los mas distinguidos prácticos. Por esta razon vemos, que del mismo modo que el espiritualismo y el materialismo se disputan el imperio de la filosofía, el *vitalismo* y el *organicismo* se disputan tambien el dominio de la ciencia de curar, sin que falten tampoco el *ecléctismo* que pretende conciliar estas dos grandes doctrinas, y el *escepticismo* que duda de la ciencia y niega la utilidad del arte.

De esta última secta, poco numerosa, pero temible por la clase de armas que maneja (la sátira y el ridículo), me propongo tratar en esta concisa memoria, y voy á efectuarlo con la precaucion de no herir ninguna susceptibilidad y con la confianza de obtener la indulgencia que para estos casos reservan las personas ilustradas y bondadosas.

Varios escritores han confundido á los médicos empíricos con los escépticos, atribuyendo á unos y otros las mismas ideas de la escuela fundada por Pirron; sin tener en cuenta que los primeros, aunque prescindien de las hipótesis y teorías, creen en los resultados de la esperiencia, justifican su conducta práctica con hechos incontestables, y nunca niegan, como los segundos, la importancia y la utilidad del estudio. La *autopsia*, ú observacion personal, la *historia* y el *epilogismo* que forman el trípode del empirismo primitivo, son los fundamentos de un método filosófico que siguieron con gran ventaja para los progresos de la ciencia, Filino de Cos, Serapion de Alejandria y Heráclido de Taranto. La duda prudente y reflexiva, emanada de la contrariedad de hechos que ofrece la práctica, debe admitirse siempre como la admitian aquellos empíricos; porque no existe un sistema, por absurdo que sea, que no aduzca algunos hechos favorables, y porque no está al alcance de la inteligencia humana dar una explicacion satisfactoria de todos los fenómenos que presenta la naturaleza. Pero el escepticismo médico no es esta duda filosófica que induce á examinar y á comparar los hechos antes de decidirse por sus teorías: el escepticismo médico es la negacion de toda verdad y de todo progreso científico, y la propagacion de la incredulidad y de la desconfianza en la medicina.

Existen dos clases diferentes de escépticos: unos profanos, extraños á la ciencia, y por lo mismo incompetentes para juzgarla, y otros, médicos espúreos, sin génio ni vocacion, ó tráfugas, como el fundador de la secta, que abandonaron el estudio por desaplicacion ó incapacidad. A la primera clase corresponden: *Caton*, que pretendia curar las fracturas y dislocaciones con la música y los amuletos, y llamaba á los médicos, asesinos destinados por los griegos para matar á los romanos; *Juvenal*, que ridiculizaba la profesion y consideraba como una desgracia caer en las manos de un médico; *Voltaire*, que juzgaba inútil la ciencia, excepto en los casos de heridas ó fracturas, y calificaba de

una manera indecorosa á la mayor parte de los profesores; *Roussau*, que llevaba su escepticismo hasta el punto de poner en boca de su Emilio, que si alguna vez caía enfermo se estaría quieto como un animal, y se curaría ó se moriría sin hacer uso de ningun remedio; *Montaigne*, que sufría cálculos urinarios, y porque no encontraba un cirujano que se atreviera á operarle, lanzaba contra la ciencia dardos impregnados en picante sátira; *Molière*, que padeciendo una enfermedad incurable, se desataba en denuestos contra la medicina, y decia que el médico es un hombre que está á la cabecera del enfermo hasta que la naturaleza le cura ó el medicamento le mata.

Todos estos escépticos, y otros muchos que creo prudente no citar, se valen de dicterios y de chistes, que son las armas de los que no tienen razon, para deprimir á la ciencia y ultrajar á los médicos, que no pudieron evitar su escepticismo dándoles la longevidad y destruyendo los arraigados males que sufrían, (en lo cual está fundada toda su saña contra la medicina); pero no deberemos estrañar esta punible conducta, si consideramos que de la crítica mordaz de estos escépticos no ha podido librarse ni aun la sublime y consoladora doctrina predicada por el hijo de Dios. Afortunadamente, el efecto que con sus donaires y sarcasmos producen en la sociedad, se disipa como la nieblecilla que oscurece la luz del sol, y no hay necesidad de emplear grandes argumentos para destruirlo: basta leer el siguiente párrafo del informe que dió Thouret sobre la ley publicada en Francia el año de 1803.

«Desde el decreto del 18 de agosto de 1792, que suprimió las
 »universidades, las facultades y corporaciones sábias, no han
 »vuelto á verificarse recepciones regulares de médicos y cirujanos. A la antigua organizacion ha sucedido la mas completa
 »anarquía. Los que han estudiado y aprendido la ciencia se hallan confundidos con los que no tienen de ella la menor nocion.
 »La vida de los ciudadanos está á merced de hombres tan codiciosos como ignorantes; el empirismo mas peligroso y el mas

»desvergonzado charlatanismo abusan en todas partes de la credulidad y buena fé. Como no se exige ninguna prueba de saber ni de habilidad, los charlatanes infestan las ciudades y los campos, y distribuyen los venenos y la muerte con una audacia que ya no pueden reprimir las leyes..... Nunca los remedios secretos, siempre peligrosísimos, han sido tan numerosos como despues de la supresion de las facultades de medicina, etc.»

Hé aquí el fruto de las ideas sembradas por Rouseau y sus compañeros de secta. Se burlan de la profesion y predicán que la ciencia es inútil; pero el hombre dotado del instinto de conservacion solo escucha aquellas chanzonetas mientras está sano: cuando sufre alguna enfermedad las olvida ó las desprecia, y sino encuentra un médico instruido á quien poder confiar su salvacion, se entrega á merced del primer charlatan que se presenta ofreciéndole el alivio de sus males.

La segunda clase de escépticos se compone de todos aquellos que abandonan la carrera, sembrada para ellos de abrojos, porque no nacieron para médicos, y de los que ejercen sin fé la profesion, porque el libro de la naturaleza desmiente la única teoría que aprendieron de memoria. Los primeros, á semejanza de los calaveras que calumnian á la virtuosa jóven que ha desdeñado sus favores, se declaran enemigos de la ciencia, y la deprimen y la vituperan sin consideracion alguna; los segundos, apoyados en su vejez y en su larga rutina (que llaman práctica), desalientan á los jóvenes estudiosos, diciéndoles «*nada se sabe*», y se burlan de todos los adelantos y descubrimientos científicos, sin presentar mas documentos que el título y la fé de bautismo para acreditar su esperiencia y sus años. De estos escépticos habla Pretonio diciendo que «cuándo son muchachos juegan en las escuelas, cuándo jóvenes dan risa en las consultas, y lo mas feo de todo es, que lo malo que cada cual aprendió no quiere confesarlo en la vejez.» Sin embargo, hay algunos que aparentan ignorar lo que saben para afectar que saben lo que ignoran, y siempre revelan alguna

sagacidad en la eleccion de los argumentos contra la certidumbre de la medicina. Todos fundan su escepticismo en los puntos siguientes:

1.º Que no conociéndose la esencia de las enfermedades es imposible ó difícil su diagnóstico. 2.º Que se ignora el modo de obrar de los medicamentos. 3.º Que la diversidad de sistemas y teorías prueba la incertidumbre de la ciencia.

Voy á examinar uno por uno estos tres argumentos, y á demostrar, de la manera que me sea posible, que no tienen ni han tenido nunca suficiente fuerza para hacer vacilar los sólidos cimientos en que está basada la medicina.

1.º *Que no conociéndose la esencia de las enfermedades es imposible ó difícil el diagnóstico.*

Dice Cabanis, muy ingeniosamente, que debe considerarse como resuelto el problema que es de suyo irresoluble. Los médicos de todos los siglos, tanto los solidistas como los humoristas, han hecho esfuerzos dignos de todo elogio con el objeto de descubrir la esencia de las enfermedades, fijándose para ello en las causas predisponentes, en los fenómenos precursores, en las modificaciones que sobrevienen durante su curso, y en la alteracion orgánica que las acompaña; pero persuadidos, despues de inútiles desvelos, que la inteligencia humana no puede penetrar los incomprendibles misterios de la naturaleza, entre los cuales debe contarse esa íntima modificacion dinámica ó química del organismo que dá origen á nuestros males, han renunciado á tan escabrosas tentativas, y ya nadie se ocupa seriamente de las causas primeras ú ocultas de los antiguos; pues así como los matemáticos no necesitan descubrir el problema de la cuadratura del círculo para resolver los demás con toda exactitud, los médicos tampoco necesitan conocer la esencia de las enfermedades, para diagnosticarlas y tratarlas en el mayor número de casos con probabilidades de buen éxito. El exacto conocimiento de la estructura, situacion, relaciones y usos de todos nuestros órganos; la

observacion escrupulosa y repetida de los fenómenos que aparecen y se coordinan en los diferentes estados patológicos, segun las condiciones individuales, y el grado de perfeccion que ha adquirido en nuestros dias la anatomía patológica, incluso el análisis de los líquidos normales y anormales, proporcionan al médico datos y elementos suficientes para poder apreciar el tejido ó tejidos que padecen, la índole y sitio del padecimiento, y las probabilidades de su curabilidad ó incurabilidad, que es todo cuanto se puede exigir de la ciencia. Si se dá el caso de una afeccion de pecho, y el médico manifiesta casi geométricamente, que ocupa la base del pulmon derecho, que es de naturaleza inflamatoria, que se halla en el primer período de su agudeza, y que los síntomas generales son los que corresponden á esta enfermedad cuando acomete á individuos de tales ó cuales condiciones, ¿se podrá decir con fundamento que el médico no conoce de qué clase de lesion trata? ¿Qué mas se quiere exigir de él, como prueba de la exactitud del diagnóstico? ¡Qué cure siempre y dé la inmortalidad, como si el médico tuviera el poder de Dios!

Decir que una enfermedad no se conoce porque no se cura, es una vulgaridad que no merece contestacion. Todo el mundo conoce una herida del corazon y á nadie le ocurrirá la posibilidad de curarla. La medicina aspira á conocer el mal y á curarle; pero si este marcha con tal rapidez que no deja tiempo para conocerle ni para curarle, la ciencia y la profesion deben ser disculpadas. El organismo sufre lesiones profundas, incompatibles con la vida, que nunca se han curado, ni se curarán; y el médico que las conoce no puede hacer en tales casos, á pesar suyo, mas que salvar su reputacion y la de la ciencia, pronosticando lo que ha de suceder: *itaque moritorus, victurosque præsentiens atque denuntians, totam prorsus calumniam vitabit*. El autor de este sábio consejo manifiesta en su tratado del *Arte*, que no es la ignorancia de la esencia de la enfermedad la causa de la dificultad del diagnóstico, sino la falta de exactitud en la relacion de los enfer-

mos. Y en efecto, ¿quién había de conocer, ni sospechar siquiera, que un enfermo de 51 años, casado por segunda vez, y con hijos, había de tener el detestable vicio de Onán, y que ésta fuera la causa de la tabes dorsal que le consumía y le arrastraba al sepulcro? Yo he asistido hace poco tiempo á este desgraciado, que me confesó su debilidad dos días antes de morir..... ¡cuando ya era irremediable su suerte!

Sin embargo, el médico no es infalible y puede equivocarse en sus juicios, no tan solo por la reserva del enfermo, sino por los accidentes extraños que sobrevienen en el curso de una enfermedad, dependientes de afecciones morales, de cambios atmosféricos ó de otras muchas causas que modifican repentinamente la organización; pero estos son casos excepcionales que nada prueban contra la certidumbre de la ciencia, y el escéptico que se apoya en ellos para negar la exactitud del diagnóstico, imita al estúpido que negaba la existencia de Dios porque no había llovido en sus tierras.

2.º *Que se ignora el modo de obrar de los medicamentos.*

Este argumento no tiene fuerza ninguna en la actualidad, porque no existe un médico medianamente instruido que ignore las propiedades físicas y químicas de las sustancias medicinales, sus preparaciones, sus incompatibilidades, sus dosis, sus efectos fisiológicos y terapéuticos, y sus indicaciones y contraindicaciones, basadas en repetidos experimentos, hechos tanto en el hombre sano como en el enfermo. Lo que el médico ignora es el modo de obrar de los remedios secretos que recomiendan los escépticos, y que usan los charlatanes para fascinar á los incautos que creen en sus cuentos y trapacerías.

Si el profesor no conociera los efectos de los medicamentos, ¿cómo había de distinguir en muchísimos casos los fenómenos que estos producen de los que son dependientes del estado patológico? ¿Cómo había de saber que la sordera transitoria que aqueja á un tercianario es producida por el sulfato de quinina que le ha pres-

erito, y que la disuria que sufre un paralítico reconoce por causa el vejigatorio que le mandó aplicar? ¿Qué mas puede hacer el médico, para demostrar sus conocimientos relativos á la accion de los medicamentos, que deducir, por el conjunto de fenómenos que ofrece el paciente, cuál ha sido la sustancia que ha tomado? Adminístrese, sin prevencion de ninguna especie, un medicamento activo, el tártaro emético, la nuez vómica, la belladona, el ópio, el mercurio, etc., y se verá prácticamente si el médico conoce su modo de obrar.

Pero los escépticos, se me dirá, no niegan el conocimiento de los efectos fisiológicos: el que niegan es el de los efectos terapéuticos: *medicina id est quod est, propter therapeiam*. Pues bien, aun planteada así la cuestion se resuelve contra el escepticismo sin que le quede mas apoyo que algunos hechos escepcionales.

Concediendo que el médico no duda de los efectos primitivos de los medicamentos, es decir, que conoce su accion estimulante, calmante, astringente, diurética, purgante, etc., y concediendo tambien que la ley natural de la terapéutica es la antipática, mal que pese á la fraccion protestante, se deduce fácilmente que la curacion se ha de obtener, en el mayor número de casos, y aun me atrevo á decir que siempre, por el antagonismo que exista entre la enfermedad y la accion conocida del remedio. Si se presenta un enfermo que padece frecuentes congestiones cerebrales á consecuencia de la supresion del flujo hemorroidal, y se le prescribe el aloes por la accion que ejerce sobre el intestino recto, y se logra disipar las congestiones, en virtud de la reaparicion del flujo provocado por este medicamento, ¿dirán los escépticos que el médico ignoraba los efectos terapéuticos del acibar? No lo dirán, porque su administracion está fundada en la espresada ley antipática y en el sábio precepto de Hipócrates: *quæ ducere oportet, quo maxime natura vergit per loca conferentia eo ducere*.

Es verdad que no siempre corresponden los resultados á las indicaciones, aunque estas sean exactísimas, por lo cual se juz-

gan variables é inconstantes los efectos terapéuticos de los medicamentos; pero ¡cuántas veces, esclama Giraudy, la susceptibilidad del sugeto, la idiosincrasia, la alteracion momentánea de los humores, las mutaciones imprevistas en el curso de la enfermedad, las faltas en el régimen y la negligencia en las preparaciones farmacéuticas, no cambian el efecto de los remedios que estaban mejor indicados!

Además, si la experiencia tiene acreditadas las virtudes específicas de algunas sustancias para determinados males, ¿qué importa que no pueda darse una razon satisfactoria de la relacion de antagonismo que haya entre la enfermedad y el remedio? ¿Son menos positivas las virtudes del mercurio en el tratamiento de la sífilis, porque no pueda darse una teoría aceptable respecto de su accion curativa? Creo que ningun escéptico, que padezca una intermitente perniciosa, dejará de tomar quinina porque ignore de qué modo se la va á curar; como creo que ningun sediento dejará de beber agua porque ignore de qué manera estingue la sed. Y debo advertir, puesto que se presenta la ocasion, que en estos pocos casos (admitidos como ciertos por los escépticos), no se limita la ciencia á prescribir á ciegas, como vulgarmente se cree, la quina en las intermitentes y el mercurio en las afecciones sifilíticas: el médico, diferenciándose siempre del charlatan, examina, antes de administrar el específico, las condiciones del enfermo, la forma, el período y antigüedad de la dolencia, así como las circunstancias que pueden favorecer ó desvirtuar los efectos terapéuticos del remedio.

3.º *Que la diversidad de sistemas y teorías prueba la incertidumbre de la ciencia.*

Feijóo reducía esta objecion al siguiente entimema: *Todo en la medicina está disputado, luego todo se ignora.* Este ilustrado escritor no tuvo en cuenta, que si hubiera de juzgarse de la certidumbre de las ciencias por los puntos controvertibles que contienen, no sería seguramente la que él profesaba con tanto celo y

lanta piedad la que saldria mejor librada de la prueba. Pero por fortuna el argumento es sofístico, y no resiste ni aun á la simple citacion de un hecho contrario. Nadie duda de la certidumbre y exactitud de las matemáticas, y sin embargo, la reedificacion del célebre puente de Almaraz ofreció dificultades y ocasionó disputas que todavia durarian sino hubiera resuelto el problema un sábio jesuita español. ¿Ha dejado de ser cierta la química porque Orfila y Raspail disputaran acaloradamente acerca de las análisis practicadas para comprobar el envenenamiento del desgraciado Lafarge?

Las cuestiones de medicina son como las cuestiones de estética: ni estas aumentan ni disminuyen la belleza de los objetos, ni aquellas aumentan ni disminuyen la certidumbre de la ciencia; son cuestiones de apreciación, dependientes del diferente modo de ver y de sentir que tiene el hombre. ¿Qué inconveniente hay en que los médicos discutan y se den razon de la causa de los fenómenos, valiéndose de las doctrinas vitalistas ú organicistas, si por último se ponen de acuerdo en lo mas principal, en la eleccion de los remedios para aliviar ó curar la dolencia? Disputarán sobre si una erisipela es dependiente de una afeccion gástrica, ó es una calentura eruptiva, ó una simple lesion local acompañada de síntomas generales; pero todos convendrán en la prescripcion de un buen régimen dietético subordinado á las condiciones individuales del paciente, y en la sustraccion de toda sustancia ó agente capaz de ocasionar la repercusion del exantema. Broussais, hablando á principios de este siglo de los médicos españoles, decia: «Los unos desarrollan la teoría humoral de Boerhaave; otros procuran clasificar la enfermedad con arreglo á la nosologia de Sauvages; muchos citan á Cullen, á quien han elegido por objeto de sus meditaciones; algunos, especialmente los de la universidad de Valencia, tienen por corifeo á su compatriota Piquer; en fin, los mas curiosos, los que blasonan de estar al corriente de los progresos científicos, citan á Pinel, cuyas obras han pro-

»curado adquirir. ¿Pero cuál es por último el resultado de estas
 »graves discusiones, fundadas siempre sobre una ontología arbi-
 »traria? Que cada uno de los consultantes llega por distinto cami-
 »no á aconsejar los mismos remedios.»

Esto, que con intencion poco caritativa decia el fundador de la escuela fisiológica en una época nada lisonjera para la medicina patria, prueba dos cosas: que las teorías no impiden que haya principios fijos y reglas ciertas para la práctica de la medicina, y que por seductores que sean los sistemas que se confeccionen al otro lado de los Pirineos, no se olvidan en España las buenas doctrinas de los Mercados, Valles y Collados.

Las teorías, que no son otra cosa que la esplicacion de los hechos, son tan inevitables en la medicina como en las demás ciencias, porque el hombre quiere siempre darse razon de lo que vé y de lo que hace; sin que por esto haya de inferirse que se altera la verdad y se falta á la exactitud de las observaciones: por el contrario, cuando la divergencia de opiniones no se refiere al diagnóstico ni á la terapéutica, las teorías suelen servir para ilustrar los hechos ó los puntos científicos que no están bien demostrados. El médico puede espresar sus ideas con teorías sacadas de la fisica, la química ó la mecánica, sin que dejen de ser exactas sus apreciaciones respecto á la aparicion, curso, coordinacion y terminacion de los fenómenos morbosos. Hipócrates se valió de las teorías de los cuatro elementos, de los cuatro humores, de la coccion y de las crisis, y no por esto fué menos exacto en la observacion y en la calificacion de los hechos que con elocuente laconismo nos dejó consignados en sus aforismos y pronósticos. Las teorías solidistas que empleaba Baglivio para esplicar algunos fenómenos patológicos, no impidieron que dicra á luz una obra de medicina práctica digna de ser consultada siempre por las verdades que contiene. En fin, la cirujia, á la cual conceden los escépticos la certidumbre que niegan á la medicina, tiene tambien sus diversas teorías para esplicar unos mismos he-

chos. Se disputa hasta sobre la forma que deben tener los vendajes.

A pesar de todo, confieso que el ejercicio de la profesion ofrece serias dificultades, y conozco que falta todavia mucho para poder decir que la ciencia ha llegado á la perfeccion que todos anhelamos: pero esto nunca autorizará á los escépticos para poner en duda los señalados servicios que ha prestado y presta la medicina, dando importantes consejos para conservar la salud; corrigiendo las deformidades hereditarias ó congénitas; curando ó paliando la mayor parte de las enfermedades; consolando á los que sufren males que no se pueden curar; conservando la paz y la tranquilidad de las familias; auxiliando eficazmente á la administracion de justicia, y aun interviniendo con los conocimientos antropológicos en la formacion de las leyes. Para negar esto es preciso que los escépticos prueben que la anatomía, la fisiologia, la higiene, la historia natural, la química, la farmacia y la patologia, que son las bases de la medicina, no tienen principios fijos, ni reglas seguras, que sirvan á la inteligencia para el descubrimiento de la verdad.

Voy á concluir, y si los escépticos no han quedado convencidos con mis débiles razones; si necesitan, para creer en la medicina, hechos numerosos que no dejen la menor duda, en los hospitales y en las clínicas de esta corte pueden recogerlos fácilmente hasta la saciedad. Todos los dias salen de estos piadosos establecimientos muchos desgraciados que hubieran sucumbido sin los socorros de la ciencia, y que vuelven sanos y contentos al seno de sus familias, bendiciendo al caritativo profesor que les salvó de las garras de la muerte. Si esto tampoco les satisface tengo la seguridad de que llegará un dia en que se arrepientan y pidan los auxilios de la medicina, como los ateos se arrepienten y piden la misericordia de Dios; porque la medicina es hija de la necesidad, y los que padecen aman á la ciencia como las madres aman á sus hijos. *Honora medicum propter necessitatem.*

chos. Se disputa hasta sobre la forma que deben tener los ven-
dajes.

A pesar de todo, confieso que el ejercicio de la profesion este-
ce serias dificultades, y confieso que falta todavía mucho para
poder decir que la ciencia ha llegado á la perfeccion que todos
anhelamos: pero esto nunca autorizaré á los escépticos para poner
en duda los señalados servicios que ha prestado y presta la medi-
cina, dando importantes consejos para conservar la salud; corri-
giendo las deformidades hereditarias ó congénitas; curando ó pa-
liando la mayor parte de las enfermedades; consolando á los que
sufren males que no se pueden curar; conservando la paz y la
tranquilidad de las familias; auxiliando eficazmente á la adminis-
tracion de justicia, y aun interviniendo con los conocimientos an-
tropológicos en la formacion de las leyes. Para negar esto es pro-
ciso que los escépticos prueben que la anatomia, la fisiologia, la
higiene, la historia natural, la quimica, la farmacia y la patolo-
gia, que son las bases de la medicina, no tienen principios fijos,
ni reglas seguras, que sirvan á la inteligencia para el descubri-
miento de la verdad.

Voy á concluir, y si los escépticos no han quedado convencidos
con mis débiles razones, si necesitan para erer en la medi-
cina, hechos numerosos que no dejan lugar á mayor duda, en los hos-
pitales y en las clinicas de esta corte, pueden recogerlos fácilmente
hasta la saciedad. Todos los dias salen de estos pizdosos esta-
blecimientos muchos individuos que habian sucumbido sin
los socorros de la ciencia, y que hoy en sanos y contentos al-
sono de sus familias, bendiciendo al caritativo profesor que les sal-
vó de las garras de la muerte. Si esto tampoco les satisface tengo
la seguridad de que llegará un dia en que se arrepientan y pidan
los auxilios de la medicina, como los ateos se arrepientan y pi-
den la misericordia de Dios; porque la medicina es hija de la ne-
cesidad, y los que padecen aman á la ciencia como las madres
aman á sus hijos. *Moxora medicum propter necessitatem.*

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0639



UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0639